

DISCURSO DE LOS PREMIOS DE ARQUITECTURA DE CASTILLA Y LEÓN 2026

(León 18 de junio de 2026)

En primer lugar, quiero felicitar a la decana del COAL y a todo su equipo, por el trabajo realizado en la organización de esta nueva edición de los Premios de Arquitectura de Castilla y León. Quienes hemos participado alguna vez en este tipo de iniciativas sabemos que no es una tarea sencilla, y que su esfuerzo merece un reconocimiento especial.

Me sumo a los agradecimientos que se ya han expresado a las autoridades que nos acompañan esta tarde, cuya presencia pone de manifiesto la importancia que tiene la arquitectura para nuestra sociedad, y nuestro territorio.

Quiero asimismo felicitar a todos los arquitectos y arquitectas que han presentado sus obras a esta edición de los premios. Lo han hecho con trabajos de una extraordinaria calidad, reflejo del gran momento que vive la arquitectura en Castilla y León. Y quiero extender ese reconocimiento al jurado, cuya labor es siempre compleja y exigente: analizar, debatir y seleccionar aquellas propuestas que destacan entre un conjunto de proyectos excelentes.

Y es precisamente aquí donde surge una pregunta que merece una reflexión.

¿Qué es lo que hace que un proyecto destaque sobre los demás?

Nuestra presidenta del Consejo Superior de Colegios de Arquitectos de España, Marta Vall-lloera, defiende una idea con la que muchos nos sentimos identificados: la arquitectura no puede evaluarse mediante una simple suma de puntuaciones numéricas.

Podemos analizar aspectos concretos de una obra —su sostenibilidad, su integración en el entorno, la resolución funcional de su programa, la calidad constructiva o la innovación técnica, etc.—, pero de la suma de las puntuaciones obtenidas por cada uno de esos parámetros no resulta la mejor arquitectura.

Y, sin embargo, los arquitectos sabemos reconocer cuales son las mejores obras.

Quienes hemos formado parte de jurados lo hemos experimentado muchas veces. Puede haber matices, o debate entre unas pocas propuestas, pero suele resultar sorprendentemente sencillo identificar aquellas obras que poseen algo especial. Aquellas que consiguen que todos percibamos, casi de inmediato, que estamos ante una arquitectura excepcional.

La razón es que la buena arquitectura nunca es la suma de sus partes. Es el resultado de una visión global, capaz de integrar una enorme cantidad de condicionantes de naturaleza muy diversa.

El programa funcional y las necesidades de quienes habitarán los espacios, su cultura y sus costumbres. La vocación de permanencia de la edificación y su capacidad de adaptación. Las limitaciones económicas y técnicas. La calidad constructiva, los materiales, sus colores y sus texturas.

Y también el lugar: el paisaje, las preexistencias y la relación con el entorno. La orientación, el clima, la luz.

Y todavía va más allá: las emociones y las sensaciones que inspira, la manera en que los espacios influyen en nuestra vida cotidiana. La inclusión, el bienestar, la salud, la accesibilidad, y, por supuesto, la belleza.

Integra, en definitiva, todos aquellos valores que hacen que un espacio funcione, emocione y permanezca en la memoria.

¿Cómo se puntúa todo eso?, ¿Del cero al diez?, ¿Del cero al cien?

NO

La valoración arquitectónica no puede reducirse a una operación matemática. Es una valoración especializada, basada en el conocimiento, la experiencia y la capacidad de comprender una realidad compleja en toda su dimensión.

Una valoración que merece el mismo respeto que otorgamos al criterio médico, jurídico o científico cuando se ejerce desde el conocimiento experto.

Además, nuestra disciplina posee una característica singular y extraordinaria.

Nuestro trabajo acaba transformándose en los espacios que las personas hacen suyos. Espacios que pasan a formar parte de su vida cotidiana, de sus recuerdos y de su memoria colectiva.

Cuando eso ocurre, la arquitectura *casi* desaparece como objeto para convertirse en experiencia compartida.

Quizá por eso nuestro trabajo es tan visible, y tan invisible al mismo tiempo. Tan fácil de valorar por expertos, como difícil para quienes no lo son.

Los arquitectos vemos cosas que muchas veces pasan desapercibidas para otros ojos. Reconocemos el esfuerzo intelectual, técnico y humano que existe detrás de un espacio que parece resolverlo todo con naturalidad.

Hoy, nos encontramos ante un conjunto de obras de gran calidad. Todas ellas merecen reconocimiento. Pero los premios distinguen aquellas que aportan algo más. Aquellas que no se limitan a resolver correctamente problemas complejos, sino que son capaces de abrir nuevos caminos, de ampliar los límites de nuestra disciplina, y de inspirar nuevas formas de habitar el mundo.

Decía MARGARETA Brender, la primera arquitecta que ejerció con estudio propio en Cataluña que “los proyectos arquitectónicos pueden llegar a cambiar las costumbres y la vida de las personas. El arquitecto no puede diseñar planos ideales y científicos; debe pensar primero en las personas que vivirán en la casa, en sus ocupaciones y hábitos, en sus características, e incluso hacer una labor educativa” Eso decía en 1962 y hoy esa idea sigue teniendo una enorme vigencia.

Porque la arquitectura no consiste únicamente en construir edificios. Consiste en construir oportunidades. Consiste en generar espacios que favorezcan la igualdad, la inclusión, la convivencia y la cohesión social. Espacios que cuidan, que acompañan, y que contribuyen a una sociedad más justa, más saludable, y más humana.

Y probablemente nunca como ahora una generación de arquitectos ha sido tan consciente de esa responsabilidad y de esa capacidad transformadora de nuestra profesión.

Por eso, cuando hablamos de innovación en arquitectura, no hablamos únicamente de nuevas tecnologías o nuevos materiales. Hablamos de nuevas formas de mejorar la vida de las personas.

Esa es la arquitectura que celebramos hoy.

La arquitectura que no se conforma, la que investiga y propone, la que transforma. La que es bella en su honestidad. La que respeta el territorio, la memoria y el patrimonio. La que escucha a las personas y aprende de ellas. La que educa, inspira y deja una huella positiva en la sociedad.

Porque los edificios envejecen, los materiales se transforman y las ciudades evolucionan. Pero las experiencias que la buena arquitectura hace posibles permanecen en la memoria de quienes las viven.

Y esa, probablemente, es la mayor aspiración de nuestro oficio.

Mejorar, aunque sea un poco, la vida de las personas.

Esa es la arquitectura que reconocen estos premios.

Y esa... es la arquitectura que hoy queremos agradecer, valorar y celebrar en esta XIV edición de los Premios de Arquitectura de Castilla y León.

Muchas gracias.